



A los que no quieren entender

Ni admito los elogios que algunos me dirigen por mi artículo *Tristezas e Indignaciones*, ni me preocupan las censuras que otros me lanzan.

Creí que debía escribirlo en bien del partido republicano, y del propio Lerroux, y lo escribí, contando de antemano con esas censuras y esos elogios.

Y lo he escrito precisamente ahora, época en que las suscripciones de EL MOTÍN se renuevan, para que el lector á quien no agradase lo que dijera, dejase de renovar la suscripción.

No pienso emprender una campaña contra Lerroux, de quien todavía espero algo grande, como he dicho. Y eso que pudiera hacerlo cual ninguno. Y, él lo sabe.

Y para no caer ni en la tentación de contestar á algo molesto que seguramente me dirán sus partidarios, dejaré de leer durante ocho días sus periódicos. No busco polémica, ni quiero sumarme con los que le atacan en cierta forma. De quererlo, habrálalo hecho hace tiempo.

Tampoco pretendo inutilizar á Lerroux para la política republicana: sería trabajar contra ella. A lo único que aspiro, es á que no se repitan vergüenzas como la de las últimas elecciones: luchar republicanos contra republicanos, facilitando así el triunfo á los monárquicos. Y por esto he llamado la atención al principal culpable de que eso haya ocurrido.

Y entrando en otro orden de ideas más pequeñas.

Ya sé que perjudico económicamente al periódico; pero iba yo, que nunca me detuve ante consideraciones de esta índole, á callar ahora lo que creía necesario decir en bien del partido? Hubiera quedado descontento de mí.

«Para hacer yo lo que debo, sólo á lo que debo miro.»

Esta fué siempre mi norma de conducta, que he visto justificada y aplaudida el año 1907 en el mismo periódico de Lerroux, *El Progreso* de Barcelona, donde se publicó este artículo:

Enseñanzas del pasado

Tenía razón Nakens

Me envanece el honor de ser amigo particular y entrañable de Nakens desde hará cosa de unos treinta años, hacia 1878, en cuya fecha intervinimos,

cada uno por su parte, en cierto asunto privado.

Ya le admiraba yo, entonces un jovenzuelo, y asiduamente lo leía; su obra toda me era conocida y me entusiasmaba. Nuestra amistad firme, afectuosa, como de padre á hijo, no se ha turbado desde entonces un momento. Si algo podemos haber discrepado en ideas, seguramente será tan poco, que ninguno de los dos acertaríamos á puntualizarlo.

He tenido en Nakens un constante y decidido panegirista eminentemente sincero. Mi carencia absoluta de ese vicio católico llamado modestia, me obliga á reconocer que Nakens me alababa con justicia, ¡bonito es él para prodigar elogios inmerecidos, no digo á mí, sino á los más fuertes, poderosos y grandes! Con justicia repito, puesto que él en su conciencia me estimaba digno de su amistad y dotado de las prendas que, al hablar de mí, encomiaba. Una debilidad, pues parece que mis defectos le hacían gracia también, exactamente como á mí los suyos.

Por mi parte, he sido un ingrato; he alabado á Nakens muy poco, por razón de juzgarlo innecesario. Lo elogiaba sobradamente su conducta clara y traslucida, su misma personalidad de tanto relieve que los necios tan sólo podrían no apreciarla en su valor. ¡De valiente cosa, pues, le habrían servido á Nakens mis buenas ausencias! Tanto habría valido salir yo por ahí proclamando el valor de los brillantes ó del oro.

No conozco nada más necio que las alabanzas del hombre á Dios, si cree que existe; lo que los teólogos llaman «la gloria de Dios» que, si lo hay, es él mismo toda la gloria posible, que nada necesita, nada puede perder ni recibir, y los que en su existencia creen, necesariamente han de reconocer lo inconcuso é indiscutible de sus perfecciones.

Supondrá el lector que no compare á Nakens con Dios, como los luises de la mayoría á Maura; pero es un decir, en excusa de mi cortedad en el elogio de quien mucho me lo prodigaba.

Mas si innecesarios laudes no lancé al viento, defensas de su proceder político sí que las hice miles de veces allí donde lo discutieron, yo presente; y buenas filípicas me ha costado de republicanos inocentes, ó superficiales, ó borregunos, más dados que los católicos mismos á la antropología ó adoración de ídolos que comen y beben.

Nakens ha hecho una labor constante y rectilínea que le ha proporcionado por muchos años más censuras, oposiciones, enemistades y disgustos que otra cosa. Nakens ha sido comprendido por pocos y maltratado por muchos. Naturalmente, no decía más que la verdad seca; en eso permítame que le compare con Cristo, ya que no con Dios.

Toda la obra de Nakens puede sintetizarse en esta proposición: «La libertad no tiene otro enemigo que la Iglesia católica; el que de uno ú otro modo esté al lado de la Iglesia, ó con ella simpático, ó en algo la favorezca, es reo de lesa libertad y de lesa patria».

Una obsesión de anticlericalismo jacobino, burdo é impolítico llamaban á este sentir muchos sabios de los que en el republicanismo han sido y como le vemos lo han puesto: apuntar certero al blanco estimábamos que era unos pocos... relativamente; yo entre ellos.

«Ese hombre hace una labor negativa, gritaban los idólatras del fetiche jefe; para él no hay nada ni nada respetable. Su pluma es una piqueta, derrriba ideas, cosas, hombres é instituciones, pero no edifica; niega, y no afirma; pretende quitar de en medio grandes figuras, pero no las sustituye. ¿Qué republicano le gusta? Ninguno. Pi es un disolvente de la nacionalidad y un obstáculo tenaz y voluntario contra la revolución; Castelar un vendido á la monarquía y á la Iglesia; Salmerón un perturbador inquieto, cobarde, tortuoso y en el fondo reaccionario, un poco visionario también; Zorrilla un incapaz que no quiere la República, si no es él quien la trae; Esquerdo está bien, según Nakens, curando á sus alumnos de Carabanchel; las figuras de segunda fila todas le parecen borrosas, insinceras, tontas, lacayunas. ¿Qué quiere ese hombre? ¿A dónde cree que va ó se puede ir por ese camino?»

Hubo muchos que dijeron: «El verdadero vendido á la monarquía es Nakens, pues destruyendo todas las personalidades que podrían ser caudillos, infunde el desaliento en la masa republicana é imposibilita la cohesión, la interior satisfacción indispensable para ir unidos á la revolución; de tanto proclamarla entre negociaciones depresivas, la hace imposible. Eso es erigirse en un Aristarco, empeñado en vivir fuera de la realidad; un Diógenes en busca de un hombre cual no puede existir y de un partido de ángeles; un católico vuelto del revés, cuyo fanatismo anticlerical asusta á las clases conservadoras, sin cuyo concurso la República será imposible.»

Los que menos, decían: «Es un inocente; no está subvencionado por la monarquía; ¡ah, noi le conozco demasiado para creerlo capaz de eso; pero le resulta su labor tan contraproducente, que la monarquía tiene en él su más valioso auxiliar.»

Estas voces de la tontería española tradicional, frívola, vulgarota, inconsciente, que actuando de Maquiavelo es más grosera que el corcho, eran inspiradas hábilmente desde los centros de los diversos jefes, léase explotadores, del republicanismo, que miraban á Na-